

## *Fin a los engaños*

RAYMUNDO RIVA PALACIO

¿Qué pensaría un lector si supiera?

1. Que el jefe de información de un importante periódico de la ciudad de México maneja las relaciones públicas y periodísticas de varios gobernadores.

2. Que un afamado reportero menciona frecuentemente a un político en sus crónicas porque le ayudó en el financiamiento de una película, como en el pasado lo hacía con un líder sindical que lo tenía en su nómina.

3. Que algunos respetados periodistas no reciben dinero en efectivo de nadie, pero aceptan honorarios por ser "asesores" de políticos, "reunirlos" con otros periodistas de fama, o piden favores, como puestos de gobierno para sus parientes o amigos.

4. Que el reportero de la sección deportiva de uno de los principales diarios de la ciudad de México era, a la vez, jefe de prensa de Comité Olímpico Mexicano, y que su subjefe era reportero en deportes de otro diario capitalino.

5. Que cada año electoral el PRI establece "convenios" multimillonarios con diversos medios para asegurar no sólo un lugar para las actividades de sus candidatos, sino para que la información sea desplegada prominentemente.

Una reacción normal en cualquier lector sería decir que "la prensa está vendida", que no es libre y que su información está manipulada; por lo tanto, que todo está podrido. Aunque natural, incluso lógica, la reacción sería limitada. Tendría el enfoque correcto, aunque sin el contexto adecuado, sería injusta. Tampoco quiere decir esto que como las cosas son así, se justifican, se entienden o se aprueban. Nada de eso.

De lo que se trata aquí es de explorar un oscuro capítulo dentro de la ética periodística en México que, por ausencia de parámetros, por conveniencia de aquellos que toman las decisiones y por comodidad de los periodistas, es intangible, inalcanzable muchas veces en su comprensión, y complicado para su cabal entendimiento. Estos son los comúnmente llamados "conflictos de intereses", una característica que ensucia al periodismo mexicano y distorsiona su papel de puente entre gobernantes y gobernados.

El concepto de "conflicto de intereses" no sólo es inexistente en el periodismo mexicano, sino que se ha evaporado tanto que diversas irregularidades han pasado a formar parte de la legalidad y la legitimidad en el medio periodístico. El ejemplo clásico sería el de la publicidad.

Prácticamente todos los medios en México otorgan un porcentaje de la publicidad que genera una fuente informativa al reportero que la tiene asignada. Los porcentajes varían de cinco hasta 15 por ciento. No hay casi nadie, propietarios, editores o reporteros, que considere ilegítima esta práctica. Más aún, se suele utilizar como una forma de compensación salarial y, en algunos casos, de estímulo para periodistas.

Esa práctica bien podría encuadrarse en un silogismo, pero su propia existencia provoca señales inquietantes en el periodismo mexicano.

Por esa vía, los reporteros han pasado a ser vendeplanas, protectores del buen comportamiento de la fuente de información que tienen asignada, y vulnerables a cualquier presión o chantaje informativo. Por fuentes altamente "reditables" en publicidad, hay disputas en las redacciones de los periódicos, pugnas, componendas y alianzas. Fuentes de información como el PRI o la Cámara de Diputados son ambicionadas y peleadas; otras como el Departamento del Distrito Federal, la Secretaría de Educación Pública, la de Salud y la de Hacienda, también son codiciadas por las mismas razones.

Y por encima de casi todos en el medio, pasa por alto el flagrante conflicto de intereses que se da en ese mecanismo. ¿Cómo puede un periodista cumplir cabalmente con su trabajo y, al mismo tiempo, tener ingresos que suelen ser mayores que su salario, sin que esta contradicción ética afecte su trabajo? ¿A quién responde finalmente el periodista, si la mayor parte de sus ingresos no salen del medio que lo contrató, sino de la fuente que tiene asignada? ¿Para quién son sus lealtades?

Estas preguntas se empatan con aquellas que se formularon al comienzo de este texto, sacadas todas de situaciones reales, algunas veces combinadas, que llevan a una segunda reflexión. Como un mero ejercicio intelectual, habría que darle una continuación a las primeras preguntas, en el mismo orden en que se hicieron:

1. ¿Cómo puede el jefe de información actuar de manera objetiva en la cobertura de un acontecimiento cuando éste pueda afectar la imagen de los gobernadores a los cuales representa?

La realidad es la siguiente: cuando uno de esos casos se llegó a dar, el jefe de información optó por bloquear el trabajo de un reportero independiente, para enviar a otro que seguiría la instrucción de docilidad y de favorecer al gobernador, que se encontraba en una situación delicada.

2. ¿Cómo puede presentar ese reportero a sus lectores una imagen fidedigna de los hechos, cuando en agradecimiento al apoyo financiero que le han dado paga con espacio publicitario disfrazado de información?

A ese reportero, obviamente, no le importa el concepto de "conflicto de intereses", ni tampoco le preocupa lo que muchas veces se llama en vano en México "la integridad profesional". Como otros, llega a cobrar fuertes sumas por entrevistas, o pide que se le mantenga en las nóminas de dependencias federales.

3. Como en el caso anterior, ¿cómo pueden transmitir a los lectores una imagen fidedigna de la realidad, cuando ésta se encuentra totalmente distorsionada por el enjambre de intereses que han creado? ¿Cómo pueden escribir objetivamente sobre una persona que los mantiene en su nómina?

No son pocos los periodistas, entre ellos algunos de los más afamados, que presuntamente sostienen su "integridad profesional" al no aceptar regalos o dinero en efectivo. Sin embargo, no se cuestionan otro tipo de comportamiento. Un antiguo político, por ejemplo, le regaló un coche a un importante reportero, pero éste lo rechazó; en cambio, aceptó ser su asesor con un salario nominal de cinco millones de pesos mensuales. Otros les aceptan boletos de avión o invitaciones a parajes recreacionales que no podrían pagar con su salario.

4. ¿Cómo pueden reconciliarse ambos trabajos, siendo que muchas de las veces se encuentran en conflicto? ¿Qué puede esperar un receptor de esa información? ¿Cómo podrían controlarse los abusos, por comisión u omisión de los funcionarios, cuando quien debe vigilarlos y señalar en qué momento se desvían de su función es parte cómplice y parte empleado de ellos?

5. ¿Cómo puede un partido de oposición aspirar a una lucha electoral limpia y transparente cuando antes de empezar la contienda ya perdieron la batalla pues, sin importar si el discurso de sus adversarios priístas es profundo o superficial, con contenido o insulso, los mejores espacios ya están reservados para ellos? ¿Cómo pueden los medios de comunicación pugnar por una sociedad más democrática cuando ellos mismos, con sus prácticas, están conculcando los valores democráticos?

La realidad es que en la gran mayoría de los medios, hablar de democracia es sólo un instrumento retórico para sus titulares y para sus entradas periodísticas. La praxis se impone: cada campaña priísta significa un influjo importante de capital, suficiente para nivelar las maltrechas finanzas internas de los medios y poder levantar el vuelo. La democracia como valor supremo de una sociedad, puede venir después.

6. ¿Cómo puede un lector advertir las cargas políticas e ideológicas de quien escribe si no se identifica su militancia o su adhesión? ¿Cómo puede discernir y formarse una opinión si no se le dan las herramientas suficientes para su juicio?

En todos estos casos, es obvio que la objetividad y la imparcialidad, o la justicia y el balance de la información están totalmente extraviados. No puede darse un trabajo serio y profesional si existen estas condicionantes. Peor aún, la falta de parámetros ha afectado la cultura política y profesional en amplios sectores mexicanos, al grado en que hay

periodistas que se molestan porque no se les otorgan las mismas canonjías que a otros, muchos se indignan porque los menos regresan los regalos. Y más preocupante, sectores de la iniciativa privada han comenzado a seguir los pasos del gobierno en la distorsión de las relaciones con la prensa, con lo cual el círculo vicioso, lejos de acercarse a su ruptura, se fortalece.

La manera como se ha esfumado el concepto de "conflicto de intereses" da cabida a otros males, generalmente peores, y que atentan contra los sectores que originalmente promovieron y estimularon la perversión en las relaciones con la prensa: el gobierno. Pero no se trata de una reivindicación histórica, como podrían argumentar los cínicos, sino de un empeoramiento en la salud social del país.

Periodistas poderosos han perdido la perspectiva de su función y actúan como el monstruo que el gobierno creó y en el que ahora cree que es Leviatán. Que sirvan para ilustrar, sólo tres ejemplos:

1. Durante la junta cumbre iberoamericana en Guadalajara, una importante periodista se indignó porque los organizadores no tenían, en el momento en que ella lo deseaba, una acreditación como "diplomática", para poder tener acceso a lugares donde el resto de sus colegas no entrarían. En un arranque de furia, regresó a México y dedicó algunos párrafos de su leída columna para denostar a los organizadores.

2. Otro columnista de un importante diario visitaba a importantes funcionarios del gobierno para solicitar créditos para construir viviendas de interés social. Mientras no se los daban, escribía negativamente de su gestión. Y cuando finalmente cedían y se los otorgaban, seguía con la misma práctica, para poder pedirles ampliación en los empréstitos otorgados.

3. Uno más, golpea a funcionarios de gobierno cuando llegan a un nuevo puesto, por la sencilla razón que los anteriores no le hicieron unos favores que les solicitó.

¿Hacia dónde lleva este tipo de relación?

Por décadas la prensa ha jugado bajo las mismas reglas de un sistema político centralista y autoritario. Era más fácil y redituable. Pero las reglas del sistema han ido cambiando, mientras que los métodos de los medios pretenden mantenerse estáticos. Prensa escrita y televisión, naturalmente, han ido perdiendo adeptos, aunque aún no se refleje en su publicidad.

El único medio que ha logrado salir adelante es la radio, paradójicamente, el medio más relegado y menospreciado hasta hace unos años. Pero la radio no es suplementaria de la prensa escrita o la televisión. Es complementaria. De hecho, cada especialización lo es: la radio proporciona los hechos de manera inmediata; la televisión las imágenes; y la prensa escrita las ideas.

Hoy, sólo hay una especialización en la comunicación que se escapa de la media, y es la radio. Distintas reglas, reglas claras, es el nuevo juego. ¿Alguien le entra?